



Pharos

ISSN: 0717-1307

lfuenzal@uamericas.cl

Universidad de Las Américas

Chile

Johnson, Luisa

CONVERSACION SORDA

Pharos, vol. 6, núm. 1, mayo-junio, 1999

Universidad de Las Américas

Santiago, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=20806106>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

*CONVERSACION SORDA**Deaf Dialogue.*Luisa Johnson ¹

Mire, doctor, al tocar el timbre sentí ganas de huir. Pero usted fue más rápido que yo. ¿Ya está acostumbrado a encontrarse sólo con el aire al abrir la puerta? ¿Sabe, doctor? Me molesta el chasquido de su lápiz sobre el papel. ¡Ay, por Dios, no haga ese gesto de fastidio! Sé que debe anotar todo, cuanto yo diga, sin importar que sea o no de interés. Sin embargo, el silencio, sin silencio no pondré contarle que... Es mucho lo que me pasa. ¿Cómo empezar? ¿Podría ayudarme? En estos casos, Pancho siempre me tiende una mano. Hace tiempo que él, Pancho es mi marido, me dice: - Raquel, debes ir al médico, a ese que te recomendó tu prima.

- Bueno, ese es usted. ¿Qué lo diferencia de otros siquiátras, digo yo? Creo que da lo mismo cualquiera si no me ha dirigido ni una palabra interesante. Sólo, "Asiento por favor". Su silencio se acerca a un voto de claustro. Ni siquiera sonrío y a mí me producen risa las cosas que le contaré. Considero que si hay algo salvador en esta vida es la risa, el sentido del humor. ¿Ha comprobado que ninguna tragedia mantiene las mismas dimensiones cuando uno se ríe? Es el mejor metro para los dramas propios y también los ajenos. ¿Está de acuerdo conmigo? A lo mejor usted no tiene sentido del humor. ¿Se ríe a carcajadas? Me parece que, más bien, sólo llega a la sonrisa. Su lápiz es áspero, doctor, ¿le presto el mío? Bueno, ya me acostumbraré a que ni siquiera levante los ojos. ¿De qué color los tiene? Aún no se los he visto. Créame, no podré hablarle mientras no me diga si son café, celeste o verde. Tampoco dice nada. No cayó en mi trampa. Es vivo, doctor, desarma todas mis artimañas y sigue con el lápiz que raspa, sin darme luces del color de sus ojos ni tampoco si alguna vez se ríe a carcajadas. Bueno, usted gana y me someto. ¿Qué hábil táctica, doctor! Una última pregunta: ¿es mudo o sólo está afónico? ¿También es mudo por dentro? Bueno, con que yo no lo sea parece ser suficiente. Supongo que le gustaría tener más detalles de mi marido, de mi matrimonio. ¿Qué puedo decirle? El es él no más y desde hace años se fija poco en mí salvo cuando me manda al siquiátra.

¹ Luisa Johnson estudió en Universidad de Chile. Tiene numerosas publicaciones. Entre ellas, "Horario de un Caracol" (1993) que obtuvo mención honrosa en el 2º Concurso Nacional de Cuentos y Poesía, del Ateneo, San Bernardo; poemas suyos aparecen en Antología de Poetas Chilenas. Confiscación y Silencio, de Eugenia Brito, Dolmen 1998. Cuentos y narraciones tuyas están publicados también en libros y talleres literarios (Pía Barros y Carmen Basáñez) y en Revista YA, de El Mercurio de Santiago. Su dirección: Calle Noguera 42, Dpto. 402 (Prov), Santiago, Chile.

Ahí sí que se preocupa. Cuando llegue a casa querrá saberlo todo y no tendré nada para contarle. Si sólo he hablado yo, doctor. El, supongo, creará que usted me adelantó algo como sucede con otros médicos. Pienso que espera un resultado claro y preciso, un diagnóstico, porque hartó cara le cuesta esta hora. El es un empresario y le importa mucho aquello del costo-beneficio. ¿Qué conclusiones le entregaré de esta sesión? Me siento como el niño que no ha hecho su tarea. ¿Usted cree que sería posible inventar algo simple, cualquier cosa, pero tranquilizador? Eso sí, debe tener visos científicos. ¿Si le hablo de Freud o de Jung? Pero, ¿qué decirle de ellos? Que Freud era medio cochino porque la única interpretación que aceptaba era aquella relacionada con la sexualidad. Yo le encuentro algo de razón porque la vida está llena de esto, si hasta se da en una simple tuerca y su tornillo. Pero no me parece que sea lo adecuado pues Pancho es inteligente. Ayúdeme, doctor, mire que me muero de tener que decirle:

- No me dijo nada.

-¿Y en qué estuvieron toda la tarde?

- En nada. Ni siquiera sé de qué color son sus ojos. Es alto, sí, y macizo y al darme la mano me la apretó muy fuerte. Eso no bastará. No, no son celos, está muy lejos de sentirlos. Simplemente, él quiere resultados de las cosas que compra. Compró su tiempo, doctor, y debo responder a su forma de pensar. Me pregunto: ¿cuántos años le costó adquirir esta actitud de mero escucha? ¿Ocho, diez? Bueno, volviendo a mi marido, es regodión, rezonga por todo: porque le falta un botón en la camisa, porque la comida no está lo suficientemente caliente, porque no encendí a tiempo las estufas y él llegó con frío. En fin, doctor, mis pecados son muchos, tantos que sólo Dios que lo ve todo los podría contar. Pero, yo insisto en que estoy bien y creo que el encontrarme aquí obedece a una exigencia, a un invento de mi marido. El quisiera sacarme de la casa, impedirme que lo vigile, que conozca sus pasos. Sí, él me prefiere loca y justificar así su amor desesperado por Bernardita. ¡Qué digo doctor! A nadie se lo confesé hasta ahora. ¡Qué pena que usted no sea Dios porque El lo sabe todo! ¿Se da cuenta de la diferencia? Usted me oye y luego escribe con esa pluma chillona mientras yo hablo y hablo. Aunque le diré, ya que entré a su consulta quisiera que el tratamiento fuera largo, muy largo, para que mi marido desembolse grandes cantidades de dinero. Así, doctor, a él le alcanzaría apenas para una rosa y no para esos ramos enormes que he visto entregar en casa de Bernardita. Aún no se lo he dicho, pero ella vive en la vereda del frente, en la del sol. Espero de todo corazón que el sol que entra por sus ventanas le marchite las flores en pocas horas. Mi casa es fresca, doctor, pero no hay nada que pueda marchitarse... Como ve, las cosas suelen ser al revés. Nunca supe distinguir

muy bien el derecho del revés. A lo mejor le he hablado todo el tiempo de atrás para adelante. ¿Podrá ordenarlo? Por eso doctor, aunque nos queda tiempo, me voy. Le ocultaré a mi marido que dejé de venir a su consulta. A lo mejor, con lo que ahorre compraré algunas cremas y maquillaje como el que usa Bernardita y, si sigo soñando, pudiera ser que Pancho envíe algunos claveles a nuestra casa donde, le aseguro, durarán varias semanas. De todos modos, doctor, he tenido mucho gusto en conocerlo a pesar de no saber de qué color son sus ojos. ¡Ah, por fin los veo! Son verdes, el color de la esperanza. Pero igual, me voy. De ahora en adelante hablaré sola y en silencio, de mí y de Pancho. De Bernardita, ni una sola palabra, doctor. Pero usted ya sabe, porque se lo dije, que ella vive en la vereda del sol y que lo la espío desde el lado de la sombra. Hasta luego, doctor.